

NIVEL DE VIDA Y STANDARD DE VIDA

JUAN DIEZ NICOLAS*

LA subida de salarios aprobada por el Gobierno para 1985 tendrá repercusiones muy negativas sobre la capacidad económica de los españoles, aparte de las generalmente conocidas respecto a la relación incremento de salarios/incremento de precios y sobre el desigual incremento para diferentes grupos de asalariados.

Interesa por el contrario resaltar que el incremento de salarios va a producir necesariamente un aumento de la frustración colectiva, resultante de una creciente toma de conciencia respecto a la pérdida acelerada de capacidad adquisitiva. En efecto, en todas las sociedades y épocas históricas se ha podido diferenciar entre nivel de vida (indicador objetivo de posesión y disfrute de bienes y servicios) y standard de vida (indicador subjetivo de nivel de vida al que se aspira), constatando que, antes de la aparición de los medios de comunicación de masas (especialmente los audiovisuales), los diferentes estratos o clases sociales no sólo diferían en su nivel de vida (objetivo), sino también en su standard de vida (subjetivo), pues cada individuo aspiraba a un nivel de vida proporcionalmente al

go superior a su nivel objetivo real.

Pero, actualmente, y España no es una excepción, los medios de comunicación de masas transmiten a todos los *grupos sociales un solo modelo homogéneo de standard de vida*, que de manera simplificada puede denominarse «modo de vida de la clase media-alta urbana»; pero al subsistir (e incrementarse) las diferencias de nivel de vida la comparación que cada individuo hace de su nivel de vida objetivo con dicho standard conduce a que cada vez sea mayor el número de españoles que se frustren al percatarse de la distancia que les separa del standard hacia el que se les alienta.

Pero además, la ideología del desarrollo acostumbró a los españoles a unas expectativas de mejora económica y social continuadas, y por ello, todo lo que no sea «mejorar» se percibe como «empeorar».

Como, por otra parte, el modelo de standard de vida, homogéneo que se transmite a la sociedad es cada día más elevado; la «mejora» se percibe necesariamente por la gran mayoría de los españoles como un alejamiento creciente del ideal al que aspiran, y por consiguiente, como un empeoramiento acelerado.

Además, los propios bienes y servicios que constituyen el nivel de vida tienen un valor no sólo objetivo, sino también simbólico. Para poner un ejemplo, si en los años 50 tener una «scooter» proporcionaba un cierto «status» simbólico, eso mismo requería un «600» en los años 60, o un «131» en los años 70, y posiblemente un automóvil de importación en los años 80. Por ello, comprar un «131» en 1985 no tiene el mismo valor como «símbolo de status» que el que tuvo en 1975.

En resumen, la subida de salarios no va a permitir a los españoles no ya elevar su nivel de vida, sino apenas mantener el que tuvieron en 1984. Y parece haber quedado claro que incluso quienes logren mantener su «nivel de vida» de 1984 percibirán esa situación como un empeoramiento.

No es extraño, por tanto, que los sondeos mensuales OTR/IS muestren un pesimismo creciente de los españoles sobre su situación económica personal presente y futura, que podría resumirse en el reverso de la conocida «medalla del amor»: hoy menos que ayer y más que mañana. **D**

* Catedrático de Sociología y director de OTR/IS

Las clases acomodadas se han hecho aún más ricas y han implantado lo que se ha dado en llamar la sociedad de consumo. Los crecimientos a la japonesa de los años 60 y principios de los 70 han provocado que los españoles dejáramos de ser austeros.

Los hábitos de consumo —como se demuestra en el cuadro— son totalmente diferentes según los estratos sociales. Las clases más humildes dedican la mitad de sus ingresos a satisfacer sus necesidades de alimentación, mientras que las más acomodadas sólo gastan en ese capítulo una quinta parte de sus ingresos.

Capítulos como los de transportes y comunicaciones, diversiones y servicios en general marcan las principales diferencias. Cerrar ese abanico y aumentar la **calidad de consumo** en las clases más humildes podría suponer un considerable aporte al PIB. En ese sentido, sociólogos como **José Castillo**, catedrático de la Facultad de Ciencias de la Informa-

La política del Gobierno socialista permite que algunos sectores se salten las bandas salariales del AES.

ción de Madrid, no tienen reparo en reconocer «que el acicate del consumo puede ser un gran motor de la recuperación económica».

HABITOS CONSUMISTAS. «Aunque consumir está mal visto», afirma **José Castillo**, «no cabe ninguna duda de que las clases medias están dispuestas a ceder en ciertos temas laborales para poder acercarse al standard de vida que se tienen prefijado. El ciudadano se resiste a apretarse el cinturón y los hijos de la sociedad de consumo no están dispuestos a prescindir del vídeo, el ordenador personal, salir a cenar fuera de casa o comprarse el último disco de los 40 principales. Esas son las satisfacciones mínimas que les permiten so-

portar el ritmo laboral que impone la sociedad industrial.»

Por todo ello, la conclusión de los sociólogos es muy simple y se convierte en una especie de recomendación para los gestores de la *cosa pública*. En vez de poner trabas al consumo, que es casi imposible restringir por decreto, como a veces se pretende, debería utilizarse como un resorte más del Gobierno para propiciar la recuperación económica.

Las políticas restrictivas de rentas son un recurso muy gastado y poco imaginativo. Un ministro de Hacienda que quiera lucirse y pasar a los libros por haber hecho algo novedoso tendría que ser capaz de casar una mayor permisividad con el consumo con el control de las variables macroeconómicas.

Algo de eso insinuó **Boyer** en su discurso parlamentario sobre el estado de la nación. Ahora sólo le resta hacerlo. Tratándose 1985 de un año preelectoral, no puede tardar mucho si quiere que los consumidores le premien con su voto. **D**